

Caso que no debe admirar á quien conozca cómo se vive en las regiones del espíritu, que á uno de mis amigos franceses, poeta y pensador, le haya encontrado más pensativo que por la cuestión de las Ordenes y los amagos de guerra de Oriente, por las vicisitudes de la estatua de Enrique Heine. La estatua fué un capricho de aquella pobre romántica y desequilibrada emperatriz de Austria, á la cual no bastó pesar tan poco en los destinos del mundo para librarse del puñal de un anarquista. Al morir la entusiasta del vate, no se supo qué hacer con la estatua; ningún pueblo quiso darle hospitalidad. Austria y Alemania negáronse á recibirla. Fué preciso que la recogiese como de limosna Francia — Francia, la patria segunda del ruiseñor agasajado con la peluca de Voltaire. — Alemania es implacable en sus rencores contra el «mal patriota» Heine. Austria lo mismo: ni aun permite que una calle lleve el nombre del autor de los *Lieder*. No le perdonan sus rasgos de independencia, sus ironías, los dardos alados que disparó con la sonrisa y la actitud de un Apolo. ¡Venturosa tierra que se da el lujo, en su intolerancia patriótica, de desnaturalizar á un Heine! A veces se me figura que Heine vale por toda Alemania. Si existe un ser que no necesita patria, porque nació en el Olimpo, es el interrogador de la Esfinge, el mago que hace hablar á las flores bajo la pálida caricia de la luna, el que, sin embargo, se sintió hijo del suelo que había de renegar de él, y exclamó al pasar bajo las venas de la «dulce niña:»

— *Ich bin ein deutscher Dichter...* ¡Soy un poeta alemán!

* *

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

HEINE. — DOS VALENTONES

Heine es de actualidad, porque su estatua, rechazada de todas partes, ha encontrado acogida hospitalaria donde la encontró el mismo poeta: en París.

Nació Enrique Heine, el más sentido de los líricos modernos, en Dusseldorf, en 1800; su familia era judía, de Altona; su padre, Sansón Heine, vendía terciopelo. Francia ejerció sugestión sobre su fantasía desde la niñez: su madre, Betty Gelden, que era una apasionada lectora de Rousseau, quiso que entrase al servicio del dios de aquella época, Napoleón. Si no cae el Imperio, Heine es militar, y forma en las filas con aquellos dos granaderos cuya conmovedora balada escribió. Caído el Corso, quiso Betty que su hijo fuese banquero, como lo era su tío Salomón Heine. No sabía que el joven Enrique estaba predestinado á ser rey... «El poeta es un monarca,» repite él en uno de sus más hermosos *Cantos*.

* *

Lo curioso y típico de Heine es que, francés por la simpatía, por el entusiasmo que le inspiraba «el pueblo de la gloria,» que así designaba á los franceses; enemigo de la pedantería alemana, de las costumbres alemanas, de la política alemana, nadie fué más alemán, en cuanto poeta, ni censuró con más desprecio la poesía francesa que él. «Su métrica — decía refiriéndose á los poetas franceses — debe de haberla inventado Procusto: es una camisa de fuerza aplicada á ideas sobrado pacíficas para que la necesiten. Hacer consistir la belleza de un poema en las dificultades de versificación vencidas, es un principio ridículo. El hexámetro francés, ese *hijo rimado*, es para mí una abominación. Los mismos franceses comprenden lo que tiene de repulsivo este arte contra la naturaleza, infinitamente más criminal que las monstruosidades de Sodoma y Gomorra, y sus buenos actores están habituados á recitar los versos de un modo que imita la prosa, para lo cual no era necesario tomarse la molestia de versificar...

»No puedo acordarme sin espanto de que, en el colegio, tuve que extraer de la *Crestomatía* del profesor el discurso de Caifás al Sanhedrín y traducir los hexámetros de la *Mesíada* de Klopstock en versos franceses. Era un refinamiento de crueldad. ¡Dios me perdone! Maldije al mundo y á los opresores extranjeros que querían imponernos la cadena de su versificación y estuve á pique de convertirme en gallo. Sentíame capaz de morir por Francia; pero de hacer versos franceses, ¡nunca!

Verdad es que había entonces quien se encargase de refrescar el cariño de Heine á Francia: era el tambor que tenían alojado: el que «parecía un diablo y redoblaba divinamente;» el que enseñaba al chicuelo prusiano la historia de la Revolución francesa por medio de la música, tocando la *Marsellesa* y el *Cáira*, y ofrecía á su joven imaginación el espectáculo sangriento y magnífico del puente de Lodi, de Marenco, de las Pirámides.

Al recordar mis pláticas con el amigo francés sobre Heine, pienso, por asociación de ideas, en otras relativas á las Ordenes religiosas, con amigos que, si digo que son intelectuales y franceses, casi podría adivinarse su opinión. Favorable á las Ordenes; más favorable, más explícita de lo que yo misma imaginaba.

— ¿Qué daño hacen? ¿Con quién se meten las Ordenes?, exclamaba uno de ellos, así que cambió la conversación y se decidió á dejar de la mano al cantor del *Intermezzo*. Su actitud, en conjunto, no ha podido ser más correcta en el asunto Dreyfus. ¡Los asuncionistas son una excepción! La libertad quiere que cada cual viva como le plazca, en no haciendo daño á los otros. Y si se consultase al público, el sentido general sería este. Las Ordenes no son aquí impopulares, ni cosa que se le parezca. ¡Ah! El pensamiento, en Francia, ha experimentado una evolución curiosa. Hasta 1850 hubo volterianos, pájaros burlones, que en vez de cantar silbaban. Desde mediados del siglo, la acción del naturalismo trajo la reacción de la religiosidad sentimental y aristocrática, la corriente decadentista y estética, y tuvimos vidrios de colores y vahos de azucena y figuras prolongadas á pasto. Usted lo ha oído de labios de Zola: «¡Cuánto misticismo en este fin de siglo!» Los volterianos estaban en ridículo, como el que usa un sombrero de cuatro modas atrás. Ni á resollar se atrevían. Las cigüeñas habían vuelto á los campanarios. Y ahora que esa escuela literaria también se ha deshecho — las escuelas hoy se deshacen rapidísimamente, son pompas de jabón, — ha llegado á imponerse en la mentalidad francesa un convencimiento razonado de que la religión es una fuerza social, algo en que se apoya la organización presente tal cual existe y tal cual se pretende que no exista. Porque ese es el fin: desorganizar lo existente, desorganizar á Francia. Lo digo fríamente; no es lenguaje de medroso ni de reaccionario. Nada tengo de reaccionario, ¡á fe! Seré, cuando más, estacionario; es decir, aspiraré á la conservación de la Francia que conozco, y que es una Francia republicana, sólidamente constituida, conservadora de lo adquirido con tantas luchas y tanta efusión de sangre; una Francia en evolución, que progresa despacio de un modo insensible y seguro; que ha rehecho su ejército, su hacienda, su instrucción, y á quien hoy los alemanes no hincarán el diente tan á gusto como hace treinta años. Todas estas ventajas las van á lanzar por la ventana á propósito, en un acceso de epilepsia, para que se establezca un solo poder, un solo señorío: el del dinero. Expulsaremos á los frailes y saludaremos á los agiotistas y banqueros judíos, que son los muñidores de esta compañía. — El problema de ustedes es de otra índole. Han sido ustedes muy mal gobernados y muy poco felices. Constituyen ustedes en ciertos respectos, y á pesar de sus cualidades encantadoras, una excepción dentro de las corrientes de cultura europea. Esto les lleva á ustedes á mirar con recelo cuanto representa el pasado. Nosotros, al revés: á nuestro espíritu moderno, necesitamos añadir

la levadura de la tradición. No queremos disolvernos: nos asusta el salto en las tinieblas. Nuestras Ordenes religiosas enseñan, llevan el nombre y la bandera francesa á los países de nuestra legítima expansión colonial, al continente africano. Comprendo que se vigile y se atienda al modo de proceder de las Ordenes en lo que toca al punto del patriotismo, porque lo único que se les achacaría con visos de razón es que son sociedades poderosas constituidas dentro del Estado y obedientes á un jefe extranjero; pero mientras se conduzcan como buenos franceses los religiosos, ¿se cohonestará el hecho de quitarles bonitamente lo que es suyo y de prohibirles lo que no se prohíbe á los demás ciudadanos? Créalo usted: aquí no se trata sino de desintegrar, á toda costa, por sistema, y no desde el club ni desde la calle, sino desde el santuario de las leyes, como esos caballeros dicen... Francia se rehacía. A estorbarlo. A quitar de en medio á las Ordenes. Después, le tocará el turno á otras cosas...

Y el que así se expresaba añadió:

— ¡Ah! Sí; entre los intelectuales, ya que este nombre se nos quiere dar, existe bastante unanimidad de pareceres, un movimiento significativo. No somos uno ni dos: somos legión. No hablemos de casos como el de Huysmanns, recluso en un monasterio: ese me parece un rezagado del misticismo, un ultra-romántico. Pero Lemaitre, Brunetière, Faguet, Gebhart, Doumic, Voguie, Bourget, Barrés, creo que son nombres, y de gente que no sueña ni se deja impresionar por dos arcadas treboladas de claustro y un toque de hiedra encima. Aquí hay algo diferente. No queremos que se nos deshaga entre los dedos Francia...

* *

Pasaba esta conversación en la terraza de un hotelito del oasis versallesco, que si no atrajese por su Museo (más notable de lo que se cree, aun desde el punto de vista del arte puro) y por sus recuerdos históricos en tropel, desde las magnificencias del reinado de Luis XIV hasta la coronación de Guillermo I ante el enemigo, atraería por la frescura que le presta en verano el anchísimo cinturón de arbolado profundo, añoso, noble, de alto fuste, que le rodea de verdor. Versalles era para mí el término de varias expediciones en camino de hierro, para aceptar invitaciones de ilustres amigos desperdigados por aldeas y pueblecillos de las cercanías de París, que en puridad no son sino un vasto jardín, un lindo huerto y un primoroso parque. Fueron, sin embargo, en otro tiempo, las orillas del Sena, esteros, pantanos y juncales infructíferos. Tanto puede la labor del hombre.

* *

Saltando de Francia á España, ¿habéis leído el desafío de dos panaderos? Si la noción del honor se afirma por el duelo; si en eso consiste la caballería, inclínense ante esos dos obreros todos los caballeros que *van al terreno* para vindicar la honra. Ahí sí que no hubo almuerzo, ni farsas, ni actas, ni ninguno de esos risibles pormenores que convierten en mascarada el desafío. Los dos mocetones tuvieron por la mañana una cuestión personal: uno de ellos descargó al otro una bofetada. Inmediatamente se concertó el lance. Pero no podían verse las caras hasta realizar su trabajo, su labor del día. Era necesario cumplir, amasar el pan, y lo hicieron, con la misma calma y asiduidad que un día cualquiera. Nadie pudo sospechar que, al terminar la jornada, iban á jugarse las vidas. Nótese que no digo *la vida*, y es que en estos duelos entre gente del pueblo, no se va á cara ó cruz, sino á ambo: generalmente hay dos cadáveres. Hace falta, pues, doble valor y doble energía, puesto que no existen las cincuenta probabilidades sobre ciento de salir, aun en el peor caso, ileso.

Los panaderos, terminada la labor, se reunieron en un sitio solitario. Cada cual llevaba un cuchillo. No hablaron palabra; ¿para qué? En esto se mostraron de una corrección aristocrática. Mano á las armas, y de cerca. La lucha, fiera, muda, apretada, duró minutos. Uno de los combatientes cayó. El otro se tambaleaba. Ambos tenían heridas mortales. Y no hubo más. Nadie vino á estrecharles la sangrienta mano, diciéndoles que eran unos caballeros y que quedaba satisfecho el honor...

* *

El valor existe entre nosotros como el diamante en ganga tosca. La dignidad, lo mismo. ¡Lástima de cualidades que podrían emplearse óptimamente!

EMILIA PARDO BAZÁN.